LITURGIA COMO COMUNICACIÓN

Que la liturgia sea un hecho comunicativo aparece inmediatamente: "liturgia" es una palabra griega compuesta por "laòs" (= pueblo) y "ergon" (= trabajo) que significa "actuar a favor del pueblo". Pero, ¿quién es el comunicador? En la liturgia cristiana hay dos niveles de comunicación, el primero y más importante es el divino, pero el segundo, o sea el humano, nos ayuda a percibir el primero, aquel que podemos analizar. Algunas veces puede ocurrir que el nivel humano sea poco transparente y por consiguiente poco comunicativo. El Concilio Vaticano II intervino sobre este tema y "quitó el polvo" a la ritualidad litúrgica, tratando de hacerla más significativa.

Una comunicación con muchos códigos

La comunicación litúrgica es compleja y se expresa a través de muchos códigos. Desde el punto de vista comunicativo tiene algunas similitudes con la comunicación teatral. De hecho, en la liturgia, hay una "dirección" dentro de un espacio arquitectónico adornado, tal como la luz, los objetos, los materiales y los indumentos usados tienen un significado. Las personas que viven la experiencia del ministerio y las funciones litúrgicas de roles diferentes, tienen una diversificada "actorialidad". También en la acción litúrgica hay gestos y actitudes, palabras y sonidos muy elaborados.

Todo esto no se improvisa, sino que se rige por las rúbricas que acompañan los ritos y los *Ordenamientos,* o *Principios y normas* (en latín el *Institutio generalis*) que precede a cada rito sacramental.

Cuando la ciencia de la comunicación (semiótica) se aproxima al conocimiento de la celebración litúrgica, aún deteniéndose en el aspecto fenoménico, o sea a lo que impresiona a nuestros sentidos, sabe que para la comprensión completa de la celebración litúrgica no se debe olvidar lo divino, de lo que estamos hablando.

La procesión de entrada

Por ejemplo. En el caso del rito de *entrada, se dice*: «Estando el pueblo reunido, cuando avanza el sacerdote con el diácono y con los ministros, se da comienzo al canto de entrada». Entonces se explica la finalidad de este canto: «el abrir la celebración, promover la unión de quienes están congregados e introducir su espíritu en el misterio del tiempo litúrgico…, así como acompañar la procesión del sacerdote y los ministros» (cfr. *Instrucción General del Misal Romano*, n. 47).

Si se analizan con cuidado las palabras de la *Instrucción General,* se pueden destacar muchos aspectos comunicacionales. Hay un contexto de asamblea que está lleno de significado desde el ingreso de algunas personas elegidas, quienes con vestiduras sagradas proceden hacia el altar en este orden: «encabeza la procesión el turiferario con el incensario humeante; luego los ministros con cirios encendidos y, en medio de ellos el acólito u otro ministro con la cruz, luego el diácono, que puede llevar el Evangeliario un poco elevado, y el sacerdote (cfr. *Instrucción*, nn. 120 y 172). Las palabras y la melodía musical caracterizan el avanzar procesional que da una "dirección" y una "meta" a la asamblea. Los códigos activados son muchos y se refieren a las semióticas utilizadas. Nos encontramos con el código espacial (proxémica), el código de los gestos (kinética), los códigos olfativos, icónicos-visuales, los indumentos, la codificación sonora… Es la procesión que recuerda a la asamblea su estar "en camino" hacia la patria celestial. La Cruz le dice a la comunidad que está viviendo ulteriormente el camino de la redención y de la Pascua en Cristo, cuya Cruz es elevada como guía y bandera, pero también como modelo y marco de referencia

para cada cristiano individualmente y como Iglesia. Cerca de la Cruz, el Evangelio, que significa la Palabra viviente que es Cristo y que acompaña a la Iglesia sin abandonarla jamás. Palabra que se escuchará y que transformará a la asamblea en Iglesia misionera: anunciadora de la Palabra con su vida, unida en el amor a Cristo en el sacramento del "cuerpo entregado" y de la "sangre derramada".

La celebración eucarística inicia así con un conjunto de códigos que se refuerzan mutuamente. Y con razón es así. porque el inicio debe "arrastrar" y encaminar, por esto debe ser fuerte y participativo. Imaginemos un canto de entrada cantado por la *schola contorum* (o, peor aún grabado) y una breve procesión desde la sacristía al altar hecha solo por el sacerdote "factotum". Es obvio que el poder comunicativo del ritual se reduce considerablemente o puede hasta contradecirse. Añadimos lecturas leídas con prisa y con mala dicción, una prédica sin mucha claridad en las palabras, gestos repetitivos y distraídos, un ritmo de celebración sin armonía, o que reduce todo en un único zumbido poco participado… y así obtendremos la muerte de la comunicación litúrgica.

De los códigos a las personas: el "cristiano como signo"

Durante la celebración, el espacio está cargado de significados simbólicos más o menos evidentes. Si algunos "lugares particulares" son fáciles de identificar, como el altar, el ambón y el asiento y es bastante fácil comprender su significado inmediato, no siempre son significativos otros lugares, como el baptisterio, el ábside o el sagrario. A veces, la "devoción" ha creado conflictos comunicativos, como cuando el sagrario se encuentra colocado al mismo nivel del altar, o incluso sobre el altar.

Tratándose de comunicación compleja, se requiere una iniciación. Para participar en primera persona en la comunicación litúrgica es necesario conocer el sentido litúrgico de lo que se hace. A menudo, las referencias son a la Biblia y a la tradición cristiana (pensemos en la codificación iconológica). Pero hay un aspecto que nunca debe ser olvidado. La comunicación litúrgica pasa siempre a través del primer signo cristiano que es el mismo cristiano. Si es verdad que no son las paredes las que hacen los cristianos, es decir que no bastan las iglesias para ser la Iglesia, también es verdad que la comunicación litúrgica compromete al cristiano como primer sujeto comunicante, capaz de responder a la comunicación salvífica de Dios en Cristo.

Carlo Cibien, ssp

Para profundizar cf. C. Cibien., Comunicazione e liturgia in D. Sartore - A.M. Triacca - C. Cibien (a cura), Liturgia. Dizionari San Paolo, San Paolo, Cinisello Balsamo (MI) 2001, pp. 410-428.